

LOS JÓVENES Y LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

Álvaro Rodríguez Echevarría¹

Al termino del Vaticano II, la Iglesia dirigía entre otros, un mensaje a los jóvenes, que el 12 de octubre de este año fue entregado de nuevo por Benedicto XVI a un grupo de jóvenes en la Eucaristía que conmemoraba los 50 años de la inauguración del Concilio.

Después de presentarnos el rostro misericordioso del Padre, el mensaje, añadía: “En el nombre de este Dios y de su hijo, Jesús, os exhortamos a ensanchar vuestros corazones a las dimensiones del mundo, a escuchar la llamada de vuestros hermanos y a poner ardorosamente a su servicio vuestras energías. Luchad contra todo egoísmo. Negaos a dar libre curso a los instintos de violencia y de odio, que engendran las guerras y su cortejo de males. Sed generosos, puros, respetuosos, sinceros. Y edificad con entusiasmo un mundo mejor que el de vuestros mayores. La Iglesia os mira con confianza y amor [...] Miradla y veréis en ella el rostro de Cristo, el héroe verdadero, humilde y sabio, el Profeta de la verdad y del amor, el compañero y amigo de los jóvenes” (Mensaje a los jóvenes).

En estos cincuenta años la llamada hecha a los jóvenes, sin duda ha sido recogida por muchos de ellos, pero hoy, el panorama que se nos presenta en relación a la juventud no deja de inquietarnos y debemos preguntarnos en qué hemos podido fallar para que tantos se hayan alejado de la fe o vivan en la indiferencia. Como lo ha dicho no hace mucho Monseñor Munilla más de la mitad de los jóvenes españoles no creen en Dios ni conocen a Jesucristo. Ciertamente no es fácil hacer estas mediciones, porque Dios es

¹ Superior General de los Hermanos de las Escuelas Cristianas (La Salle)

más grande que nuestro corazón y escapa a las medidas. Tampoco es claro saber cuáles son los criterios que pueden indicarnos esa increencia. Ciertamente no podemos reducirlos únicamente a criterios morales o de participación en la vida litúrgica. El criterio mayor es el amor, como lo expresa muy bien el Mensaje conciliar a los jóvenes y como posteriormente nos lo recordó Juan Pablo II: "No podemos hacernos ilusiones: por el amor mutuo y, en particular, por la atención a los necesitados se nos reconocerá como verdaderos discípulos de Cristo (cf. Jn 13, 35; Mt 25, 31-46)" (Mane nobiscum 28).

Más que fijarnos en los jóvenes debemos fijarnos en nosotros y hacer un examen de conciencia y emprender con la gracia de Dios la conversión pastoral a la que nos ha invitado el Sínodo. ¿Por qué los jóvenes no han visto la transmisión de la Fe como una Buena Noticia, que da sentido pleno a la vida? ¿Hasta qué punto nuestros apostolados y comunidades han reflejado "el rostro de Cristo, el héroe verdadero, humilde y sabio, el Profeta de la verdad y del amor, el compañero y amigo de los jóvenes"? ¿Han captado los jóvenes esa "mirada de confianza y amor en la Iglesia"?

Por eso, lo más eficaz cuando se trata de la Nueva Evangelización es volver al Jesucristo del Evangelio, conocerle mejor y hacer de éste la norma y dirección que la Iglesia debe seguir. La Iglesia tiene que estar subordinada al Evangelio, no al revés. Esto mismo implica, como decía Juan XXIII a propósito del Concilio, abrir las ventanas para que entre el aire siempre renovado de la persona de Jesús. Mientras Jesucristo no esté presente como punto de referencia en todo lo que se refiera a la "Nueva Evangelización", poco se avanzará especialmente con los jóvenes de hoy. En el fondo, se trata de sumergirse en la profundidad de la experiencia humana de los jóvenes y descubrir en ella la presencia de Dios. Solamente a través de este encuentro se hace posible una apertura al Evangelio capaz de tocar verdaderamente la vida. Porque la Nueva Evangelización es ante todo ponerse al servicio de la *missio Dei*, la misión de un Dios que quiere que todos se salven (1 Tm 2,3), que mira

a cada persona y a cada joven con ternura y misericordia, que en Jesucristo quiere “que todos tengan vida y vida en abundancia” (Jn 10,10), con gran humildad, sabiendo que es el Espíritu Santo y no nosotros el principal protagonista. Es también una llamada a ser una Iglesia más compasiva y cercana, “sacramento universal de salvación” como la definió el Vaticano II (LG 48).

LOS JÓVENES Y LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

El tema de los Jóvenes y la Nueva Evangelización aparece tímidamente en el *Instrumentum Laboris*. La nota más positiva la encontramos en el número 50 que valora la *“frescura y entusiasmo con que algunos jóvenes animan las comunidades cristianas”*.

Los jóvenes principales destinatarios

Personalmente pienso que las nuevas generaciones, sin distinción de continentes o diferencias culturales, deben ser el campo privilegiado de la Nueva Evangelización, no simplemente como receptores pasivos de la misma, sino como agentes activos, recordando las palabras de Juan Pablo II cuando afirmaba que “los jóvenes son los mejores apóstoles de los jóvenes”. Y esto me parece ser así por su generosidad innata, por su apertura al futuro, porque están en la misma sintonía de onda y tienen una sensibilidad muy especial para captar las dificultades de sus coetáneos, comparten sus mismas carencias, y pueden comprender mejor sus ideales y proyectos.

Los jóvenes son una buena noticia para el mundo, pero debemos preguntarnos cómo hacer para que la Buena Noticia de Jesús sea buena noticia para ellos. En una época, como la nuestra, en que los jóvenes buscan algo más y están abiertos a la espiritualidad, debemos educarlos al encuentro con Dios en su propio interior. Debemos educar para la interioridad. Paradójicamente esto se logra cuando facilitamos el descubrimiento de la propia fragilidad. En un Encuentro de jóvenes lasalianos en Estrasburgo en 1994, Gabriel Ringlet vicepresidente entonces de la Universidad de Lovaina

en Bélgica, lo expresaba con estas estupendas palabras: *“Pienso que es urgente hoy, educar a la fragilidad. En la casa, en la escuela, en la Iglesia, en el trabajo, en la pareja. No hay deshonra en reconocer los propios errores, las fisuras, rupturas, arrugas... cuando se es padre, cónyuge, profesor, vicerrector, cura. Cuando se es Dios. La grandeza única del cristianismo es osar decir que Dios es frágil. Es osar decir que en cada hombre, aún en el más miserable, **“existe una fisura que abre a otro universo”**. La clave de la experiencia pedagógica, como la clave de la experiencia amorosa, como la de la experiencia espiritual, es la no-plenitud [...] ¡Qué maravillosa vocación para la escuela de hoy! Invitar a cada uno a alcanzar su propia tierra interior. Permitir a cada uno descubrir su tierra prometida. Animar a cada uno a decir su palabra. Ayudar a cada uno a descender hacia su verdad más secreta”* (Congrès Euro La Salle 4-5-6 mars 1994, en la revista Action Educative Lasallienne, nº 49, págs. 39-40). Como nos lo recordó Pablo VI humanizar es ya evangelizar. Debemos estar convencidos que trabajar en educar personas libres es ya disponerlas a la fe; que evangelizamos cuando despertamos en los jóvenes el convencimiento reflejo de lo que vale su existencia y de lo sublime que es su destino humano cuando les ayuda a encontrar la verdad, a conquistar la propia libertad, a saber escuchar, amar, servir a los demás, cuando les inculca el amor de la justicia, de la fraternidad, de la fidelidad.

El debilitamiento del mesianismo histórico y de los grandes proyectos del pasado abre a los jóvenes caminos más modestos, pero más realistas y lleva al descubrimiento del valor que tiene la vida cotidiana. Y es en lo cotidiano donde debemos encontrar a los jóvenes. Como nos dice el jesuita José María Tojeira: *“Incluso las crisis de las utopías les han llevado al cultivo de compromisos más cercanos al dolor humano, más que a la desesperación, desencanto cínico, o incluso depresión a las que arrastró a muchos adultos ese mismo fenómeno”* (Diakonía, julio-septiembre 2005). En efecto, para muchos jóvenes lo valioso es consolar hoy el dolor de una persona, besar hoy a un niño desamparado, llevar al hospital

hoy a un enfermo sidótico... Parece que lo cotidiano tiene más relevancia que el descubrir las raíces del dolor o buscar soluciones estructurales.

Por eso debemos favorecer experiencias que les permitan tocar con las manos la pobreza y el dolor humano, por ejemplo, misiones en tierras campesinas o indígenas, campos de verano, experiencias misioneras en el tercer mundo, alfabetización para adultos, ayudar a emigrantes a aprender nuestra lengua... “Los jóvenes voluntarios son los que en un primer momento –y sin excluir a voluntarios de otras edades– mejor sintonizan con las particularidades de los chavales que peor lo pasan. En este caso es importante vincular la conexión de lenguajes, gustos, y hasta una cierta estética, con la certeza de que el encuentro real y único con quien sufre me afecta, me toca y no me deja indiferente” (Luis A. Aranguren: “Nuevas pobrezas, jóvenes y educación”, Misión Joven n° 273, 1999).

Ver la realidad, iluminarla con la Palabra de Dios, comprometerse en una acción transformadora. Me parece que estos tres movimientos deben estar presentes también en todo joven comprometido con su fe cristiana. Estos tres movimientos corresponden con la praxis de Jesús que estamos llamados a proseguir en nuestras vidas. La actitud de Jesús es programática: ver la realidad, conmoverse y actuar. Jesús nos dice en el Evangelio que no ha venido para juzgar o condenar, sino para salvar: por eso ante la realidad se deja conmover y actúa. Creo que esto también es parte de la metodología evangélica que debemos seguir y transmitir a los jóvenes:

- Ver la realidad significa estar al día con lo que pasa en nuestro mundo, leer los periódicos y ver o escuchar los noticieros, no por mero afán de curiosidad, sino para descubrir el paso de Dios en nuestra historia. Y esto no de una manera teórica o lejana, debemos tocar esa realidad y hacer que los jóvenes la toquen también. Sin experiencias concretas, las más grandes verdades se convierten en humo.

- Conmoverse, significa hacer nuestro el dolor de nuestros semejantes, por ejemplo, de esos cientos de emigrantes que aún exponiendo su vida, buscan un destino más digno para ellos y sus familias; como tampoco podemos pasar por alto el peligro de la falta de alimentos, que con la crisis económica que hoy vivimos, amenaza a tantos pueblos, según las palabras del secretario general de Naciones Unidas, Ban Ki-Moon. Conmoverse, es sufrir-con, es, ser sensible a toda forma de injusticia, de pobreza, de sufrimiento. Jesús no tuvo temor en manifestar sus entrañas compasivas, ante la multitud que estaba como ovejas sin pastor (Mc 6, 34), ante la viuda de Naín que enterraba a su hijo único (Lc 7,13), ante Lázaro su amigo, conmoción hasta las lágrimas (Jn 11,35)... Esto nos debe llevar a tener “entrañas de compasión” ante todo dolor humano.

- Actuar, es el último paso y el más importante. Sin el actuar el ver y el conmoverse se reducen a buenas intenciones y sensiblería. Se trata de ayudar a cada joven a llegar hasta las últimas consecuencias siendo como Jesús, un hombre-para-los-demás, anteponiendo las necesidades de los demás los propios intereses personales.

Nuestra actitud hacia los jóvenes

De nuestra parte es importante conocer su mundo y hacer un esfuerzo de inculturación en el mismo. Conocer sus necesidades, sus angustias, interrogantes, anhelos, esperanzas y ofrecerles el Evangelio que siempre es Buena Nueva. Es importante partir de la vida porque los jóvenes se desinteresan del mensaje cristiano en la medida en que se presenta a su mente como una ideología, impuesta desde el exterior por vía de autoridad, o deductivamente partiendo de principios sin relación con la vida concreta. Los jóvenes de hoy, viviendo en culturas globalizadoras caracterizadas por el incesan-

te cambio de perspectivas, y en una sociedad marcada no pocas veces por la inseguridad económica, por la glorificación de la violencia, por las satisfacciones inmediatas, encuentran difícilmente puntos de apoyo para articular un relato de su propia vida, que de sentido, dirección y propósito a sus sueños juveniles. Por eso nuestra principal función es ayudar a cada joven a sentirse amado, valorado, bendecido, importante y necesario para los demás.

La Nueva Evangelización para los jóvenes y para los que los acompañamos debe ser una llamada a volver al Evangelio y descubrir que el núcleo central de nuestra fe es un encuentro personal con Jesucristo que conduce a una comunidad de discípulos. Y constatar que una comunidad de fe no se cimienta solamente en instituciones doctrinales, litúrgicas o morales sino, sobre todo, en personas que han hecho una misma experiencia. Esta es la que los discípulos anuncian: “lo que hemos visto, lo que hemos oído...” (1 Jn 1,3).

Nuestra misión para con los jóvenes es ser compañeros de búsqueda, guías humildes que ayudan a descubrir un camino y a encontrar un sentido a la vida. Más que maestros que enseñan desde arriba o jueces que juzgan y condenan desde afuera, estamos llamados a ser hermanos y hermanas que acompañan desde dentro a los jóvenes, compartiendo con ellos la experiencia fundante de un Dios siempre mayor que nuestros pensamientos y que escapa a nuestras definiciones, pero que en Jesús de Nazaret se manifestó como cercanía, ternura, afecto y entrega a los más necesitados.

El mundo juvenil necesita más que teorías, testimonios y signos que lo desinstalen y lo abran a la trascendencia. La invitación de Jesús de hacernos niños, es una invitación a abrirnos al mundo de la gracia, de la ternura, de la caricia, del afecto, como lo hacen los niños. Sin duda los jóvenes que hoy educamos, necesitan sobre todo una palabra, un gesto que les llegue al corazón y ahí se encontrarán con Dios y se abrirán a sus hermanos necesitados. El

reto siempre será saber unir esta actitud cercana y comprensiva con la palabra profética y el gesto contestatario, que brotan del mismo amor.

Hoy la teología regresa al lenguaje narrativo. De hecho la fe cristiana nace de unos acontecimientos salvíficos. Sabemos que por el influjo del logos griego el discurso teológico nacido como una narración terminó siendo una formulación abstracta. Los jóvenes hoy nos invitan a recuperar un lenguaje narrativo, concreto, cercano, experiencial. Si Jesús pudo hacer teología narrativa fue porque hablaba de lo que había visto y oído en la intimidad del Padre. Este debe ser nuestro lenguaje si queremos llegar al corazón de los jóvenes. Un lenguaje de hombres y mujeres que viven una vida con sentido, que han descubierto a Dios como su absoluto, que viven en profundidad y con gozo su propia vocación de servicio preferencial a los pobres, capaces de acompañar a los jóvenes en sus búsquedas ambiguas pero sinceras de trascendencia y de servicio.

El mundo de hoy y, particularmente los jóvenes, esperan de nosotros que compartamos con ellos un rostro renovado de Dios, fruto de nuestra experiencia personal y de nuestra familiaridad con El. Y me parece que una puerta que hoy se nos abre es la cultura vocacional que nos propone el Instrumentum Laboris de promover una cultura de la vida entendida como vocación y que fue el argumento de la intervención del Padre Pascual Chávez: *“Vivir esta cultura vocacional requiere un esfuerzo para desarrollar unas actitudes y unos valores especiales: la promoción y defensa del valor sacro de la vida humana, la confianza en sí mismo y en el prójimo, la interioridad que permite descubrir en uno mismo y en los otros la presencia y la acción de Dios, la disponibilidad para sentirse responsable y participar en el bien de los demás con una actitud de servicio y gratuidad, el valor de soñar y desear a lo grande, la solidaridad y la responsabilidad hacia los demás, sobre todo los más necesitados”*.

Debemos acercarnos al mundo de los jóvenes a partir de tres actitudes:

- La inmersión: invitación a tener siempre en cuenta la propia realidad, a sumergirnos en el mundo de los jóvenes y entrar en diálogo con él.
- La mirada sistemática: diferente de un estudio atomístico que analiza las cosas en forma lineal y de causa a efecto. La mirada sistemática asevera que un sistema está formado por elementos interdependientes y nos presenta una lógica del sistema en interacción con el entorno. En realidad ambas sensibilidades son necesarias: la de una transmisión lineal de la herencia histórica y la que surge de la perplejidad afectada por la amplitud de las mutaciones y por las interacciones que estamos llamados a establecer.
- La individualización: porque cada individuo gestiona a su manera su propia fe y sin preocuparse tanto por una herencia recibida cuanto por las experiencias personales vividas.

Los jóvenes religiosos y sus intuiciones sobre la Nueva Evangelización

En esta segunda parte de mi presentación, quisiera fijarme en nuestros jóvenes religiosos y en lo posible darles la palabra. Y parto de un primer testimonio, de un joven Hermano, indígena guatemalteco, fallecido en un accidente de carretera en el 2000. El Hermano Adeldo, éste es su nombre, escribía al Hermano Provincial y a su Consejo para la renovación de sus votos anuales: “Les escribo dejando volar mi imaginación auscultando los proyectos de Dios diluidos en todo mi ser. Este proyecto, del que les hablo es el de la libertad. Una libertad que amplía los horizontes y se inspira en el deseo de Dios de liberar a la humanidad por y para el Amor [...] Y es en esta libertad que he decidido, luego de discernir con el corazón libre, permanecer en el Instituto de los Hermanos

de las Escuelas Cristianas, renovando mis votos, procurando hacer del amor – el rostro visible de Dios – mi religión, mi ley y mi fe” (Guatemala, viernes 31 de octubre de 1997).

Y quisiera compartir también el testimonio de un joven Hermano español en su solicitud para la profesión perpetua: “La idea y el sentimiento de que mi vida es de Dios, de que a Él me debo, en El me encuentro, de que El me invita a la fidelidad cotidiana, a enamorarme y reenamorarme de su Palabra. El Dios que me ha fascinado, es el Dios de la vida, que me invita a más vida en plenitud, para mi vida personal, para los otros, entre los pobres. En este tiempo, voy sintiendo, que las múltiples cosas que hago se van unificando. Creo que seguir creciendo en mi vida consagrada tiene que ver con profundizar, compartir y ser transparencia de esta experiencia”.

Como podemos ver, los dos testimonios reflejan una profunda sed de Dios, una búsqueda de vida abundante, un amor liberador, un deseo de ser el reflejo del rostro de Dios compartiendo la experiencia vivida, una aspiración de servir a la humanidad y a los pobres arraigada fundamentalmente en el amor del Dios de la vida. Creo que estos elementos son esenciales para la Nueva Evangelización que todos buscamos hoy.

Me parece que estos testimonios nos permiten visualizar que los jóvenes religiosos hoy desean vivir una intensa espiritualidad y que su deseo de servir brota más del amor incondicional de Dios y su proyecto de salvación universal que de una mirada a la realidad y a sus necesidades. Sin duda esto puede dar lugar a una cierta ambigüedad, como también la había en el compromiso social de generaciones de jóvenes religiosos en el pasado. El desafío de ayer y hoy es buscar la integración y el equilibrio. El educar para descubrir a Dios y su llamada en el rostro de los pobres y en los acontecimientos de la historia.

Pero es importante también que escuchemos a los jóvenes religiosos en la manera como ven que debemos acercarnos a los jóvenes. Comparto aquí un testimonio de jóvenes Hermanos españoles en un encuentro de febrero de este año: “Ante tantas llamadas y requerimientos que a veces recibimos es importante valorar qué es lo que queda al final y qué sirve a los jóvenes. Creemos fundamental el “estar” y crear espacios y lugares donde el único objetivo sea estar con los jóvenes, tomando como excusa alguna actividad. Si no nos hacemos presentes, nunca podremos proponer nada. Nos preguntamos cuál es nuestro tesoro a desenterrar, aquello más importante que podemos ofrecer a los jóvenes y a nuestra sociedad y a lo que no podemos renunciar porque lo llevamos dentro. Nuestra vocación cristiana en el seguimiento de Jesús es un pilar fundamental de nuestra vocación. Hay que cuidar y suscitar esto y vivirlo en el día a día. Que seamos transparentes en ello. Creemos que no se trata sólo de estructuras de hacer cambios, de optimizar recursos, creemos que es fundamental también una conversión interior que es la que nos traerá la renovación esperada”.

Este texto me parece confirma lo expresado anteriormente. El sentido de gratuidad y no tanto la eficacia parece tener el primer lugar. Nuestra inserción en el proceso histórico que vivimos, con sus luces y sombras, lleva consigo naturalmente nuestra preocupación por hacer eficaz nuestra acción y en este sentido podemos hablar de un amor eficaz y transformador, pero al mismo tiempo la Escritura, nos presenta el encuentro con Dios como el resultado de una iniciativa suya creadora de un espacio de gratuidad. San Pablo llega a afirmar que todo es gracia y Bernanos nos ha dejado páginas inolvidables al respecto en el Diario de un cura rural. Nos movemos aquí en el espacio del amor gratuito y los jóvenes religiosos parecen captar esta experiencia mejor que muchos de nosotros en el pasado. Naturalmente que aquí debemos buscar también una síntesis vital entre eficacia y gratuidad. No basta la intención subjetiva, es necesario buscar caminos de transformación, pero sin el amor gratuito la lucha por la justicia quedaría mutilada.

No debemos olvidar y debemos ayudar a los jóvenes a comprender que Jesús en la parábola del Juicio final (Mt 25), nos presenta un amor gratuito que se hace historia, en donde la eficacia brota como una exigencia del amor gratuito del Señor y la contemplación, como elemento vivificador de una acción histórica. No cabe duda que esta síntesis es primordial hoy para la Nueva Evangelización. Pero también es importante fijarnos cómo para los jóvenes lo que debemos ofrecer y dar, lo que ellos llaman nuestro tesoro, debe brotar del interior. Se trata de una experiencia compartida. Del mismo modo que el seguimiento de Jesús es el pilar fundamental que se vive en lo cotidiano e invita a una conversión permanente ya que no bastan ni el simple cambio de estructuras ni la optimización de los recursos.

Y termino este apartado con un último testimonio, esta vez de Hermanos jóvenes de Europa y del Medio Oriente en un encuentro tenido en Francia en el mes de agosto de este año. Al hablar de la misión compartida con los laicos, son muy sensibles a una dimensión que debemos también tener en cuenta, ya que para ellos el compartir la vida va más allá de la misión y debe ser una llamada a construir con los laicos comunidades educativas y cristianas donde son vividas la comunión eclesial y la fraternidad. Y sienten que es necesario que nuestro estilo de presencia entre ellos sea un acompañamiento y no en primer lugar una relación administrativa y jerárquica.

Creo que esto pone de relieve otra de las características que debe tener la Nueva Evangelización. Como se decía en la contribución de la Unión de Superiores Generales a la Asamblea del Sínodo de los Obispos: "No deben pasarse por alto las relaciones humanas. Los consagrados que viven en fraternidad, deben ser signo de la posibilidad de relaciones humanas caracterizadas por la acogida, la colaboración, el diálogo y la paz. La animación de una verdadera fraternidad, que sentimos como un gran reto en el interior de nuestros institutos, es la condición y legitimación para ser anima-

dores de la verdad de las relaciones humanas en los diversos ámbitos apostólicos. La experiencia apostólica es siempre significativa en nuestro tiempo, más por la cualidad y la autenticidad de las relaciones”. En el fondo, se trata de sumergirse en la profundidad de la experiencia humana y descubrir en ella la presencia de Dios. Solamente a través de este encuentro se hace posible una apertura al Evangelio capaz de tocar verdaderamente la vida. Esto nos recuerda la importancia del encuentro entre las personas por encima de cualquier proyecto institucional. El núcleo de la Nueva Evangelización está en el encuentro entre las personas, que es el ámbito del testimonio y del anuncio. Lo es también del descubrimiento de la presencia del Espíritu en el otro y en la historia.

Conclusión

Empezaba estas reflexiones con el mensaje que el Concilio Vaticano II dirigía a los jóvenes hace 50 años. Me parece que podemos concluir con el Mensaje que el Sínodo de la Nueva Evangelización les dirige y con la propuesta presentada al Papa sobre este tema. El Mensaje final del Sínodo tiene una visión pastoral abierta y acogedora que muestra simpatía y amor por el mundo creado por Dios, por el ser humano y sus realizaciones. Y este lenguaje está también presente al dirigirse a los jóvenes: “Nos sentimos cercanos a los jóvenes de un modo muy especial, porque son parte relevante del presente y del futuro de la humanidad y de la Iglesia. La mirada de los obispos hacia ellos es todo menos pesimista. Preocupada, sí, pero no pesimista. Preocupada porque justo sobre ellos vienen a confluir los embates más agresivos de estos tiempos; no pesimista, sin embargo, sobre todo porque, lo resaltamos, el amor de Cristo es quien mueve lo profundo de la historia y además, porque descubrimos en nuestros jóvenes aspiraciones profundas de autenticidad, de verdad, de libertad, de generosidad, de las cuales estamos convencidos que sólo Cristo puede ser respuesta capaz de saciarlos...” (9).

No menos pastoral y propositiva es para los jóvenes y los que los acompañamos, la propuesta presentada al Papa en vistas a la Exhortación apostólica: “En la Nueva Evangelización los jóvenes no son sólo el futuro, sino también el presente (y el regalo) de la Iglesia. No son meros receptores, sino también agentes de evangelización, especialmente entre sus coetáneos. Los jóvenes están en esa etapa de búsqueda de la verdad y significado en la vida que Jesús, que es la Verdad y su amigo puede proporcionarles [...] Es necesario que los evangelizadores se encuentren con los jóvenes y pasen tiempo con ellos, dondequiera que estos se encuentren: en casa, en la escuela o en la comunidad cristiana; que les propongan y les acompañen en el seguimiento de Jesús, y que les guíen para que descubran su vocación en la vida y en la Iglesia” (51).

Los jóvenes hoy con su nuevo lenguaje nos ayudan a descubrir los nuevos caminos de la Nueva Evangelización y nosotros, de nuestra parte debemos ayudarles a encontrar “razones para vivir y razones” para esperar como nos lo recordaba el Vaticano II (GS. 31), compartiendo con ellos un rostro renovado de Dios, fruto de nuestra experiencia personal y de nuestra familiaridad con El. Pero esto no puede quedarse solamente en una experiencia de tranquilidad y de pacificación personal. Sino que bebiendo de este manantial en el encuentro con Cristo, descubran también la fuerza transformadora del Evangelio que les abra los ojos al mundo de sus hermanos y hermanas crucificados, los que sufren por la opresión de la pobreza, de la violencia, del hambre, del desempleo, de la soledad..., los que no tienen futuro. E invitándolos y haciendo nuestra a la vez la invitación que nos hacía Monseñor Angelelli, el obispo mártir argentino:

*“Hay que seguir andando no más.
No hay que tener miedo de meterse en el barro.
Con un oído al Evangelio y otro al pueblo”.*